

## EL MANIFIESTO DE MONTECRISTI EN LA GUERRA DE PENSAMIENTO

Ibrahim Hidalgo

Hoy conmemoramos un aniversario más del día en que fue escrito el documento conocido como *Manifiesto de Montecristi*. La idea de dar a conocer los objetivos, fines y métodos de la guerra de independencia aparece en el *Plan de Alzamiento*, redactado cuando estuvieron dadas las condiciones para acometer los últimos aprestos, y hacer estallar el conflicto bélico, lo cual se comunicó a los complotados dentro de la Isla, y paralelamente a los futuros combatientes de cada grupo expedicionario. El punto II del acápite 9<sup>a</sup> del texto se refiere al manifiesto que la Delegación haría público en esos días. Era el 8 de diciembre de 1894.

Pero las órdenes, concebidas meticulosamente, se frustraron por la combinación siniestra de una delación y el proceder de las autoridades estadounidenses, siempre dispuestas a colaborar con el gobierno hispánico en cuanto contribuyese a aplazar o destruir los intentos insurreccionales de los cubanos. Así había ocurrido durante la Guerra de los Diez Años; así había ocurrido siempre. No obstante, en aquellos momentos cruciales —como en tantos otros, antes y ahora— los patriotas se sobrepusieron a la pérdida de armas, pertrechos, barcos y combinaciones, y el 29 de enero de 1895 fue emitida la *Orden de Alzamiento* que, de modo preciso y escueto, autorizaba el levantamiento armado de la Isla, en conjunción con las acciones desde el exterior.<sup>1</sup>

Cartas, anotaciones y testimonios refieren las angustias de los principales dirigentes del movimiento insurreccional ante la imposibilidad de llegar a Cuba.

---

<sup>1</sup> Ver José Martí: “Plan de alzamiento”, N. Y., 8 de Dbre. [1894], y “Orden de alzamiento”, 29 de enero de 1895, en- *Obras completas*, La Habana, 1963-1973, t. 3, p. 421 y t. 4, p. 41-42, respectivamente. (En lo sucesivo, las referencias a esta edición se consignarán con las siglas OC.)

Antonio Maceo, en Costa Rica; Serafín Sánchez, en la Florida; Martí y Gómez, en República Dominicana, cada uno en correspondencia con sus posibilidades, buscaban desesperadamente las vías para llegar al territorio que desde el 24 de febrero se había levantado en armas. El Delegado y el General, junto a otros patriotas, se encontraron en Montecristi el 7 de febrero. Desde entonces, no hubo descanso para aquel pequeño grupo de valientes, quienes recorrieron La Vega, Santo Domingo, La Esperanza, Laguna Salada, Alto Villalobo, La Reforma, La Esperanza, Santiago de los Caballeros, Haticeo, Guayacanes, Dajabón, en territorio dominicano, y en Haití: Ounaminthe, Fort Liberté, Cabo Haitiano, Petit Trou... desafiantes ante la adversidad, que les negaba la embarcación para lanzarse a la mar, en pos de las costas cubanas.

El 25 de marzo, al parecer, la salida era inminente. Martí escribió cartas. En una de ellas, se despidió de su madre: “No son inútiles la verdad y la ternura. No padezca. —”,<sup>2</sup> le dijo. Pero una vez más fracasó el intento de abordar una embarcación que pusiera término a la espera. Sin un plan inmediato de acción, de común acuerdo con el general Gómez, se entregó a la redacción del documento programático *El Partido Revolucionario Cubano a Cuba*, conocido como *Manifiesto de Montecristi*. Las notas iniciales fueron la guía de un primer borrador que serviría de base a otro de más amplitud y, finalmente, fue escrita la versión final, no exenta de enmiendas, tachaduras e interpolaciones, características del afán perfeccionista del Maestro, y quizás como resultado de observaciones del veterano mambí, pues en el texto se recoge el pensamiento de ambos firmantes, como expresó el Delegado poco después: “el General suscribió [el documento] con la Delegación, sin que esta

---

2 José Martí: A la madre, [Montecristi] 25 marzo 1895, en *Epistolario*, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1993, t. V, p. 116. Ver Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, Imprenta Úcar García, S.A., La Habana, 1953, p. 476-484.

escondiese o recortase un solo pensamiento suyo, ni él hallara una sola idea aventurada o trabadora.”<sup>3</sup>

La firma de Gómez ratificaba que la contienda comenzada el 24 de febrero era un nuevo período de la “revolución de independencia, iniciada en Yara”. [MM, p. 7] Especial atención merece la precisión conceptual establecida desde las primeras líneas del documento, pues Martí consideraba la *guerra* como la vía necesaria para llevar a cabo la *revolución*, concebida como un conjunto de transformaciones profundas de la sociedad, único modo de alcanzar la verdadera independencia del país y, con esta, la emancipación de los seres humanos. En el texto que sirvió de umbral al periódico *Patria*, el 14 de marzo de 1892, el Maestro definió que: “La guerra es un procedimiento político, y este procedimiento de la guerra es conveniente en Cuba”,<sup>4</sup> pues sólo mediante ella el pueblo cubano podía librarse del poder colonial y abrir un período en el cual se unieran sus diversos factores en una república nueva. No bastaría, explicaba, un enfrentamiento bélico si sólo acarreará el cambio de las autoridades gobernantes, sino el que conllevara transformaciones en todas las esferas de la sociedad, y se propusiera la defensa de “la política popular”, capaz de levantar “un pueblo real y de métodos nuevos, donde la vida emancipada, sin amenazar derecho alguno, goce en paz de todos”. Solamente la revolución aseguraría, “por la independencia de los hombres, la independencia de la patria.”<sup>5</sup> Es sólo una ficción la existencia de un pueblo supuestamente libre, en un país cuyos pobladores no disfruten plenamente de sus derechos.

---

3 J.M.: A Tomás Estrada Palma, Montecristi, 1 de abril [de 1895], en *Epistolario*, t. V, p. 143. Ver Ibrahim Hidalgo Paz. “Proceso de creación del *Manifiesto de Montecristi*”, en su *Partido Revolucionario Cubano: independencia y democracia*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2011, p. 136-144.

4 J.M.: “Nuestras ideas”, *Patria*, 14 de marzo de 1892, en OC, t, 1, p. 317.

5 *Ibídem*, p. 320; la cita anterior, en p. 319. Sobre la diferencia entre guerra y revolución. Al respecto, ver: Pedro Pablo Rodríguez: “La idea de liberación nacional en José Martí”, en *Anuario Martiano*, no. 4, La Habana, publicado por la Sala Martí de la Biblioteca Nacional José Martí, 1972; Ramón de Armas: “José Martí y la época histórica del imperialismo”.

Aquel texto de 1892 nos permite comprender con mayor profundidad los objetivos del *Manifiesto de Montecristi*, enfrentado a los propósitos del enemigo astuto, dispuesto a restarle cuanto pudiera fomentar la guerra, para lo cual apelaba a todos los falsos argumentos, viejos y nuevos, utilizados durante decenios con mayor o menor éxito, para desacreditar la revolución y minar sus bases de apoyo. El Delegado orientó imprimir, primero, 5 mil, y luego 10 mil ejemplares del documento, y repartirlos con presteza y efectividad, pues aquella era una batalla en la cual se enfrentaban ideas contrapuestas, y debían vencer, por su poder de convencimiento, los argumentos revolucionarios: “De pensamiento es la guerra mayor que se nos hace: ganémosla a pensamiento.”<sup>6</sup> No había margen para la espera, y cada persona que adoptara posiciones escépticas o negativas por no habersele esclarecido dudas o temores, era como una emboscada victoriosa para el contrario.

Al interior del país, eran dos los sectores de la población hacia quienes se dirigía principalmente el *Manifiesto*: “cada español debiera recibir uno [un ejemplar], y todas las sociedades y grupos de cubanos negros.”<sup>7</sup> Ambos se hallaban en el centro de la preocupación de las autoridades metropolitanas, ansiosas de restarle base social a la revolución, para lo cual desviaban la atención hacia consideraciones sobre enfrentamientos de nacionalidades, por una parte, y por otra hacia pugnas entre las supuestas “razas”, con el fin de opacar los verdaderos problemas coloniales: las injusticias, la explotación inmisericorde de los desposeídos, la discriminación implantada como política del poder, los abusos de autoridad, en fin, todo cuanto había provocado el estallido de la guerra. No caerían los revolucionarios consecuentes en tales trampas, tendidas por quienes aspiraban a presentarse entonces, una vez iniciados los combates en suelo cubano, como defensores de sus

---

6 J.M.: A Benjamín Guerra y Gonzalo de Quesada, Cabo Haitiano, 10 de abril [de 1895], en *Epistolario*, t. V, p. 152.

7 J.M.: A Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra [Montecristi] 28 marzo [de 1895], en ídem, p. 130.

coterráneos peninsulares y de la “gente de color”, como habituaban denominar a quienes no podían presentar constancia de “limpieza de sangre”, aunque les sobrarian otras muchas manifestaciones de la pulcritud moral y patriótica.

En este ámbito del pensamiento, como en muchos otros, Martí se hallaba en la vanguardia de la lucha por la igualdad y el respeto a la diversidad. Sabía que el *racismo* es una doctrina política implementada por quienes detentaban —y detentan— el poder económico y político, y es utilizado con la finalidad de establecer el dominio sobre quienes fueran considerados inferiores por el color de la piel u otros rasgos superficiales. Es por ello que el Apóstol no emplea el concepto de raza en el sentido tradicional, y sólo lo utiliza con la connotación de comunidad cultural.<sup>8</sup> No niega las características somáticas, pero rechaza toda relación causal entre lo epidérmico y lo esencial, como son la capacidad mental, las aptitudes, los sentimientos, la moral. Estas ideas sustentan la afirmación: “Sólo los que odian al negro ven en el negro odio.”<sup>9</sup>

En los campos de batalla y en la república futura no sería el color de las personas lo determinante para diferenciar a las personas, pues hombres y mujeres de las más diversas mezclas de pigmentación habían poblado las filas revolucionarias en la Isla y en las emigraciones, donde el crisol del combate o del trabajo había depurado lo insano de tales prevenciones. Invocar el “miedo al negro”, fantasma alentado desde principios del siglo XIX, equivalía a reiterar a destiempo la voz de alarma ante una supuesta “guerra de razas”, en un país donde nuevamente peleaban, en los campos de batalla, seres humanos de distintos colores y matices, hombro con hombro,

8 Ver Jean Lamore: “Historia y ‘biología’ en la ‘América mestiza’ de José Martí”, en *Anuario del Centro de Estudios Marianos*, no. 2, La Habana, 1979, p. 100; y Francisco Pérez Guzmán: “La guerra superior. El *Manifiesto de Montecristi*”, en *Verde Olivo*, La Habana, 30 de marzo de 1980, p. 32-33.

9 José Martí: *Manifiesto de Montecristi. El Partido Revolucionario Cubano a Cuba*, Centro de Estudios Marianos y Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2008, p. 12. (En lo adelante, entre corchetes, inmerso en el texto, se indicará esta edición con las letras MM, y luego se indicará la página.)

contra enemigos reales, no imaginarios. Otros eran los odiadores, no los combatientes mambises.

Era impensable levantar una república nueva, un mundo nuevo, sobre tal sentimiento deleznable, nunca enarbolado frente a los españoles. Desde mucho tiempo atrás, los revolucionarios cubanos proclamaron que la guerra no estaba dirigida contra estos, sino contra el poder colonial hispano. El Partido Revolucionario Cubano desplegó una estrategia de atracción de cuantos elementos honestos hubiera entre los peninsulares radicados en la Isla que no mantuvieran vínculos de beneficio o clientelismo con las autoridades establecidas. Los odios nacionalistas eran ajenos a los revolucionarios cubanos. Tras la guerra, breve y humana, el país podría incorporarse a la civilización moderna, libre de las trabas y los monopolios comerciales impuestos por la metrópoli, donde pudieran coincidir personas de disímiles procedencias geográficas, unidas por el espíritu de laboriosidad y el rechazo a la pereza y la arrogancia. De este modo se abriría “a la humanidad una república trabajadora”. [MM, p. 14]

Pero, decían los alabarderos del poder establecido, tan loable objetivo había sido enarbolado por los pueblos de la América continental durante su enfrentamiento al poder hispano, mas los resultados, luego de sacrificios y muertes, habían devenido en pugnas intestinas y guerras civiles. Así argumentaban los defensores de la continuación del colonialismo en la mayor de las Antillas, para quienes la guerra era sólo un procedimiento destructivo de las riquezas acumuladas, tras la cual la incapacidad de sus instigadores sólo acarrearía el caos.

El *Manifiesto de Montecristi* dedica uno de sus párrafos más extensos a deshacer estos argumentos. Martí consideró los trastornos posteriores a la independencia en aquella región, y analizó sus causas, entre las cuales se hallaban el apego “a las

costumbres señoriales de la colonia”, [MM, p. 8] la permanencia del caudillismo en diferentes comarcas de muchos países, la reducción de la economía a intereses foráneos, el abandono, marginación y discriminación de los pobladores aborígenes. No eran estas, dijo, las circunstancias históricas del pueblo cubano, cuya lucha armada por la independencia se reiniciaba en el último lustro del siglo XIX, tras una experiencia bélica de diez años, y un período de maduración política e intelectual que rebasaba la decena. Durante aquel “reposo turbulento”,<sup>10</sup> hombres y mujeres de todas las edades, entre quienes se hallaba una nueva generación, parte de cuyos miembros nacieron en la manigua mambisa, habían adquirido conocimientos y vivencias novedosas, experiencias en la Isla y en el exterior, desconocidas hasta entonces.

Quienes se asentaron en las emigraciones disfrutaron, en mayor o menor medida, de libertades civiles, tolerancia religiosa, derechos ciudadanos, oportunidades económicas desconocidas en Cuba. Estas circunstancias les permitieron demostrar sus capacidades intelectuales y sus habilidades como maestros, ingenieros, labradores, jefes militares, obreros, empleados, pequeños y grandes empresarios. Y, sobre todo, muchos tuvieron la posibilidad de participar en la vida política cotidiana, en el rejuergo de las agrupaciones partidistas, las disputas electorales, la democracia en acción. Principalmente quienes residieron en los Estados Unidos aprendieron, a la vez, las falsedades ocultas y los vicios de un sistema denominado republicano, pero con profundas deformaciones sociales y con las divisiones injustas implantadas y defendidas por la oligarquía dominante.

Además, el tomar decisiones personales, optar entre diversas proposiciones y tendencias políticas, educacionales, religiosas, contribuyó a la formación de los ciudadanos de la futura república cubana, aptos para desplegar talento y fuerzas

---

10 J.M.: “Vindicación de Cuba”, *The Evening Post*, 21 de marzo de 1889, en OC, t. 1, p. 237.

durante la guerra iniciada el 24 de febrero, y obtener el triunfo en el futuro como resultado de la práctica y el ejercicio del gobierno propio durante los años de preparación de la gesta, cuyo objetivo fundamental era “crear una patria más a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres, y la paz del trabajo”, [MM, p. 15] lo cual sólo podría lograrse mediante el desarrollo de una “guerra culta, el entusiasmo de los cubanos, la confianza de los españoles, y la amistad del mundo.” [Id.] No constituye una antinomia calificar el conflicto de *culto*, dentro de la lógica expuesta en el *Manifiesto*, en cuyo primer párrafo se llama a alcanzar la “victoria racional” en una guerra que lleve al combate a todos los elementos de la sociedad cubana, “en conmovedora y prudente democracia”. [MM, p.7]

Este principio político se aplicó en la discusión de los documentos germinales del Partido Revolucionario Cubano, en la vida interna de los clubes, en las elecciones anuales de los dirigentes, y en el deber de estos de rendir cuenta de su gestión. Ninguna persona honesta podría sugerir siquiera que había sido engañada, o movida a la acción por un arranque de exaltación pueril, sino por la certidumbre de las aptitudes individuales y colectivas para alcanzar la emancipación, lo cual genera el entusiasmo que moviliza las conciencias, no los impulsos primarios. Los revolucionarios no veían en la guerra “las causas del júbilo que pudiera embargar al heroísmo irreflexivo, sino las responsabilidades que deben preocupar a los fundadores de pueblos.” [MM, p. 9]

El *Manifiesto* afirma que Cuba retornaba a la guerra “con un pueblo democrático y culto, conocedor celoso de su derecho y del ajeno”. [Id.] Era necesario, urgía, ordenar la contienda de modo que no fuera lastimado el decoro de nadie, “ni la revolución [parezca] inferior a la cultura del país, no a la extranjeriza y desautorizada cultura que se enajena el respeto” por sus resultados ineficaces y la arrogancia de

sus poseedores, sino la que proviene del “profundo conocimiento de la labor del hombre en el rescate y sostén de su dignidad”. [MM, p. 15. ]<sup>11</sup>

Estas exigencias determinaban la forma de gobierno que debía organizarse en el comienzo de la contienda, para guiarla adecuadamente. La garantía contra las parcialidades conducentes a la tiranía y al caudillismo debía buscarse, en aquellos primeros momentos de la guerra cubana, en un acertado ordenamiento de las fuerzas revolucionarias. Durante la Guerra Grande, y en momentos posteriores, este tema había sido motivo de discordias entre diferentes sectores de opinión independentistas, y provocado divisiones riesgosas. El *Manifiesto* evita desarrollar una polémica cuya realización debía posponerse. Cuando la guerra necesitaba consolidar sus primeros pasos, sólo era lícito declarar la confianza en hallar formas que contribuyeran a mantener la unidad, la combatividad de los propios y el ánimo favorable de los españoles honestos. Uno de los deberes fundamentales de la revolución era ordenarse “de modo que no quede el decoro de un solo hombre lastimado”, [MM, p. 15] concepto de gran valor en el documento, que proclama el “radical respeto al decoro del hombre, nervio del combate y cimiento de la república”. [MM, p. 8]

Una acertada forma de gobierno que posibilitara la dirección de los asuntos civiles de los territorios liberados, asumiera la representación en el extranjero y permitiera la necesaria libertad operacional del ejército, garantizaría el desarrollo de la guerra dentro del respeto a las normas del derecho ciudadano, necesario para la consolidación de la nación cubana desde la etapa bélica, mediante el logro de la

---

11 Ver Emilio Roig de Leuchsenring: “El Manifiesto de Montecristi, sus raíces, finalidad y proyecciones”, en *Origen y proceso del Manifiesto de Montecristi según el borrador y el original que se conservan, respectivamente, en el archivo de Máximo Gómez y en el de Gonzalo de Quesada*, La Habana, Oficina del Historiador de la Ciudad, 1957, p. 30-35; Leopoldo Borrego Estuch: “El Manifiesto de Montecristi”, en *Bohemia*, 23 de marzo de 1962, p. 19; y Arturo R. de Carricarte: *Lo que dice y no dice el Manifiesto de Montecristi*, Marianao, 1940, p. 4.

unidad de todos sus elementos componentes sin la imposición de trabas a los combatientes por el poder civil —una de las causas del fracaso de la Guerra de los Diez Años—, e impedirva el desarrollo de una casta militar proclive al caudillismo y, por ende, a la inestabilidad en la etapa posterior al conflicto. El logro de un gobierno equilibrado durante la guerra era condición indispensable para alcanzar la independencia. Con esta, Cuba haría una notable contribución a la estabilidad del continente y del mundo, amenazada, en lo inmediato y visible, por las apetencias imperiales de los Estados Unidos.

Martí advirtió sobre el peligro del agresivo país vecino desde que comenzó su labor revolucionaria y dio sus primeros pasos en el estudio del expansionismo estadounidense. Durante la realización de la Conferencia Internacional Americana, expresó que era en “la América española, donde está el equilibrio del mundo”,<sup>12</sup> y previno sobre los designios de aquella república “cesárea e invasora”, cuyos “métodos de gobierno vuelven, con el espíritu de clase de las monarquías, a las formas monárquicas.”<sup>13</sup>

En el *Manifiesto de Montecristi* estas ideas están implícitamente expresadas, pues sus objetivos inmediatos eran de otro orden, como quedó expuesto en los párrafos precedentes. Pero, como señaló el Delegado en una de sus comunicaciones inmediatamente posteriores al envío del texto a Nueva York, en este aparecían sólo “ideas preliminares”.<sup>14</sup> El propio documento, en su último párrafo, expresa: “A la revolución cumplirá mañana el deber de explicar de nuevo al país y a las naciones,

---

12 J.M.: “Congreso Internacional de Washington. II”, en *La Nación*, 20 de diciembre de 1889, en OC, t. 6, p. 62-63.

13 J.M.: “En los Estados Unidos”, *La Nación*, 28 de febrero de 1889, en OC, t. 12, p. 135. Ver: Rodolfo Sarracino: “Martí, el equilibrio internacional y la unidad latinoamericana”, *Casa de las Américas*, no. 229, octubre-diciembre/2002; “José Martí: el concepto del equilibrio internacional, sus fuentes y la independencia de Cuba”, en *Por el equilibrio del mundo*, México, 2003, tomo V; y “América Latina y Europa en el equilibrio martiano”, *Honda*, no. 7, La Habana, 2003.

14 J.M.: A Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, ob. cit., p. 130.

las causas locales, y de idea e interés universal” [M, p. 16] con que el pueblo cubano reanuda la guerra por su independencia.

Otro es el lenguaje de sus misivas personales, continuadoras en gran medida de los artículos publicados en *Patria* —y de gran parte de su obra periodística anterior—. No he de repetir textos harto conocidos, pero es esta ocasión propicia para repetir una vez más un breve fragmento de las últimas palabras escritas por el Maestro a su amigo Manuel Mercado, a quien expresó su deber “de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América.”<sup>15</sup>

No hay dudas al respecto, ni antes ni ahora. En estos tiempos, algunos se presentan como confundidos, en sus nada ingenuas aspiraciones de convertirse en los primeros beneficiarios de una revolución cubana rendida ante el imperio, cuyo más alto representante ha expresado, con meridiana claridad, la vigencia de los objetivos sempiternos de la oligarquía avasalladora del norte, que intentará alcanzarlos con nuevos métodos, nuevas vías, nuevos recursos.

Resulta obvio: el enemigo continúa enfrente, y tiene las condiciones para dar una imagen de espera paciente: ha dejado caer sus semillas y espera que germinen. La revolución carece del recurso del tiempo ilimitado, y cada patriota se apresta a defender lo que estima justo. No son estos días y noches apacibles. Sólo quienes miran a las nubes, desde la comodidad de la ausencia de angustiosas necesidades materiales, pueden permanecer impasibles, a la espera de que el derrumbe de sus sueños los sorprenda. Pero quienes echamos “pie a tierra con la patria revuelta”,<sup>16</sup> no esperamos por consignas vacías o alharacas patrioterías inoperantes, sino que, con el ideario y el ejemplo de Martí afirmamos, como este: “A un plan obedece

---

15 J.M.: A Manuel Mercado [Fragmento] Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895, en *Epistolario*, t. V, p. 250.

16 J.M.: “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la revolución y el deber de Cuba en América”, *Patria*, 17 de abril de 1894, en OC, t. 3, p. 140.

nuestro enemigo: el de enconarnos, dispersarnos, dividirnos, ahogarnos. Por eso obedecemos nosotros a otro plan: enseñarnos en toda nuestra altura, apretarnos, juntarnos, burlarlo, hacer por fin a nuestra patria libre. Plan contra plan. [...] ¡Juntos, y adelante!”<sup>17</sup>

---

17 J.M.: “Adelante, juntos”, *Patria*, 11 de junio de 1892, en OC, t. 2, p. 15 y16.